

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

JACQUES-ALBERT CUTTAT. — "El encuentro de las religiones". — Ediciones Fax. — Madrid.

Como efecto de la planetarización del mundo, o sea, con la apremiante e ineludible toma de conciencia de la totalidad, el cristiano necesariamente se enfrenta a otras religiones. Advierte que en la escena unificada de las naciones, es minoría, y se pregunta por los otros —sus hermanos— poseedores como él de una vocación de eternidad y de una Redención en Cristo.

De esta advertencia arrancan muchos caminos y estallan grandes preguntas: la salvación de los no cristianos, el ámbito real de la Iglesia, el sentido o no-sentido de la cristiandad, el juego de mayorías y minorías en la labor de penetración apostólica, colaboración en obras comunes con otros credos, sentido de la tolerancia como forma de convivencia, etc., etc. Y entre otros el título y tema del libro en cuestión: "El encuentro de las religiones".

El libro está formado por dos ensayos: "El encuentro de las religiones", estudio comparativo sobre la trascendencia e interioridad de lo Divino; y "El Método de Oración Hesicasta" y su importancia entre el Oriente y el Occidente.

Al iniciar un tema de la categoría del enunciado (el primero) salta a la mente el problema del método. ¿Qué criterio usar para poder comparar? Y antes responder la inquietante cuestión: ¿es posible conocer una religión sin vivirla, colocada allí, fuera de mí, en el banquillo del reo?

Cuttat, lúcido frente a la dificultad, afirma y demuestra que el único método legítimo se halla dentro de la experiencia religiosa: dentro del mismo credo.

"¿Querrá esto decir que la ciencia llamada "Religión Comparada" se encuentra desprovista de trascendencia religiosa?... No si consideramos la Religión Comparada como una ocasión para profundizar nuestra religión. El presente estudio se propone demostrar primeramente que la confrontación de las religiones —corolario ineludible de la moderna confrontación de los pueblos— es para el Cristiano como para el Hindú, para el Musulmán como para el Budista o Taoísta, una invitación providencial a volver a pensar los datos de la propia religión, a fin de redescubrir en ella dimensiones implícitas

o descubrir —a partir de ella— horizontes más profundos" (pág. 11).

Este diálogo supone una posición estratégica: afirmarnos sobre las capas más auténticas de nuestra religión abandonando todo tipo de adherencia accidental.

La religiosidad oriental está marcada en todas sus dimensiones por la interioridad: éntasis, insistencia, ensimismamiento (estar encima-de-uno-mismo). Concentración, dominio sobre la dispersión natural del alma —tan del occidental. Pero no por el terreno de los pliegues psicológicos, a modo de psicoanálisis. En ninguna manera.

"...un movimiento concéntrico hacia la raíz ontológica de la inteligencia y voluntad. Lejos de descender al subconciente, se orienta en dirección opuesta; aspira por definición a superar la dualidad sujeto-objeto para llegar a un estado trasconciente, estado cuyo lugar espiritual no es más que la "nous" ("intelecto contemplativo") de los Padres griegos y la "fina punta del alma" de San Agustín" (p. 36).

Este movimiento no desemboca —librado al libre juego natural de fuerzas— en un Dios trascendente; sino en una supresión de la persona por un asumirse en lo Divino. Se trata de descubrir lo divino que hay en nosotros: esto equivale a evaporar ese doloroso fenómeno —aparición— del yo. El ideal se sitúa en el Nirvana: negación del ágape (amor) cristiano al esfumar toda alteridad.

El occidente sufre por extrovertido. Dominio de la naturaleza de fuera, materialista y sensual. Vive en la periferia y zonas inferiores de la persona.

Dentro del campo de las religiones diremos: oriente y occidente se enfrentan como la interioridad y la trascendencia. Un panteísmo metafísico en el oriente, y un Dios personal, creador en el cristianismo. Y la tesis del autor:

"... que la perspectiva metafísica (oriente) no puede englobar la perspectiva monoteísta, sin privarla —al fin de cuentas— de sus elementos esenciales (trascendencia personal, gratuidad de la gracia, valor supremo del amor), mientras que, por el contrario, la revelación monoteísta es capaz de abrazar la perspectiva oriental, de manera que la verdadera esencia de esta última no sólo quede salvaguardada sino sobreelevada" (p. 29).

Todo se centra en la persona de Cristo. Oriente y occidente serían incompatibles de no existir la Encarnación; pero desde el momento que el "Logos se hizo carne y puso su tienda de campaña entre nosotros" la contradicción se hizo antinomia — misterio en Cristo. La trascendencia y la interioridad, el aislamiento intelectual y el amor unitivo se conjugaron definitivamente. Hubo un hombre que realizó la gran aspiración del oriente: contemplando su interior vió a Dios.

En esta amplia concepción no existe asomo de paternalismo... Cristianismo no es igual a civilización occidental. El Mensaje cristiano, el Evangelio no agota sus posibilidades en una expresión occidental. Por eso que el espíritu cristiano en el encuentro con el oriente puede adquirir dimensiones que nosotros no hemos sabido — ni podido — explicitar.

En la segunda parte del libro Cuttat realiza un ensayo sobre la oración hesicasta u "oración del corazón" u "oración de Jesús". Este método netamente oriental, muy en boga entre los Padres del desierto, que figura en la regla de S. Basilio, encierra gran parte de los métodos orientales: vale decir la concentración hasta llegar al "lugar del corazón: restauración previa de nuestra naturaleza adamítica. Entonces cuando ha llegado a esta profundidad, invoca al Dios escondido y trascendente. Vale decir que mientras las ascesis orientales llegan a la reabsorción del yo en la divinidad y en el todo, el hesicasmo cristiano no pierde conciencia de la identidad personal, que no percibe como nuestra sino como eternamente recibida: una identidad por gracia.

Este segundo estudio no está puesto al acaso, sino que completa en forma muy interesante las elucubraciones hechas en una primera parte. El hesicasmo es precisamente una forma histórica que nos da una idea de lo que puede ser el encuentro en Cristo entre Oriente y Occidente.

Tristemente el encuentro entre Oriente y Occidente hoy no se está realizando en Jesucristo, sino en el materialismo de Occidente.

Como valores en el libro de Cuttat señalaría los siguientes como principales: el método de encuentro; la simpatía, conocimiento y tono amical con que enfrenta las religiones orientales, así como el método hesicasta; la claridad de pensamiento, firmeza en la posición que sabe distinguir muy bien entre amplitud de miras y claudicaciones en las propias convicciones. Verdadera actitud de diálogo. Seguridad y precisión teológica dentro de la perspectiva católica.

Como defectos señalaría el estar excesivamente recargado, y por ende algo difícil de seguir.

El saldo resulta claramente positivo. Ediciones Fax han hecho una excelente y provechosa elección.

R. Viola, S. J.

DOM GASPARD LEFEBVRE, O. S. B. — "Para comprender la Misa". — Editorial Difusión. — 4ª edición — 1961.

Este manual del conocido liturgista belga nos presenta un análisis cuidadoso del desarrollo del Santo Sacrificio.

Los momentos sucesivos de la Misa sirven para intitular los capítulos del libro. En cada uno de ellos, el autor, en apretada síntesis, aporta testimonios de las Sagradas Escrituras, de los Padres Apostólicos, así como del Concilio de Trento, para explicar el contenido profundo del Opus Dei. La Santa Misa aparece, de esta manera, tipificada en las escenas del Antiguo Testamento, y culminada en las bodas escatológicas con el cordero.

El mérito principal de este texto reside en el hecho de haber subrayado suficientemente el triple aspecto del "acto litúrgico" señalado por Santo Tomás. Al mismo tiempo que se hace presente el misterio salvífico de Cristo, se conmemoran los hechos redentores pasados y se preanuncian las realidades futuras. Todas las acciones litúrgicas se ordenan a los sacramentos y éstos, a su vez, se centran en la Eucaristía, es decir en el Santo Sacrificio. La Misa, dentro de toda la vida litúrgica es, al mismo tiempo, memoria-presencia-profecía. El misterio que la Liturgia hace presente no es sólo el acto de la muerte y resurrección de Cristo, aplicado a nosotros, sino el acto del Señor por el cual toda la creación es reconquistada de manos del demonio. En el solemne instante de la consagración no se conmemora meramente el sacrificio de Jesús, sino que también se deja oír, una vez más, el eco fragoroso de las aguas destructoras y salvadoras del Mar Rojo, el tránsito esperanzado por las arenas del desierto, el maná nutritivo y aún la creación misma. En la muerte de Cristo se realiza la historia del antiguo Israel y se cumple el misterio de la primera creación, porque toda ella tiende incoerciblemente a resumirse en el Hombre que es Imagen perfecta de Dios: Cristo.

Lefebvre acentúa claramente este sentido hondo del Santo Sacrificio al presentárnoslo como una sinfonía de correspondencias.

Sin embargo me parece preciso hacer notar la falta de una síntesis prologal que dé el sentido compendioso de la Misa. El texto, en su conjunto, se sumerge demasiado en las peculiaridades de cada parte del Sacrificio y deja en la penum-

bra la significación total. Y es una tendencia litúrgicamente peligrosa la que lleva a separar demasiado los diversos "momentos" del Sacrificio: ofertorio, consagración, comunión. Estas diversas partes constituyen un todo inseparable que se realiza con ritmo lento tan sólo para adaptarse a nuestra debilidad intelectual.

A pesar de ello, y a pesar también del escaso buen gusto de los grabados que acompañan a los comentarios, la editorial Difusión ha tenido el mérito de poner al alcance de los católicos argentinos un libro que puede servir de fundamento teológico al extraordinario renacer litúrgico que protagoniza nuestra patria desde un extremo al otro del país.

Alfredo Sáenz, S. J.

HARDY SCHILGEN S. I. — "Normas morales de educación sexual". — Ed. Difusión. — Buenos Aires, 1961.

Una larga experiencia en el trato con jóvenes puso al alcance del autor abundante acopio de testimonios orales y escritos. Ello le permite no sólo dar criterios claros sobre educación sexual, sino también indicar acertadamente el modo más prudente y efectivo de realizarla.

Hoy en día va penetrando más en las familias el convencimiento de que guardar en silencio las graves cuestiones del origen de la vida ante los hijos es perjudicial. Pero la delicadeza del asunto les inhibe de ordinario y ahoga su buen deseo de hablar. Siguiendo la más cuidadosa doctrina católica y teniendo en cuenta la literatura científica en esta materia, explica el autor cómo se amalgaman los principios morales con los datos de la psicología genética para iluminar en forma eficaz el alma de niños y jóvenes. Pueden así ser llevados por padres y educadores, de modo gradual, al conocimiento maduro y prudente del misterio de la vida.

Ninguno de los aspectos de la educación sexual pasa inadvertido al autor. Luego de situar el problema y dar las nociones elementales sobre el plan de Dios, la pureza y su educación (donde insiste en la necesidad de fortalecer interiormente a los jóvenes) enfrenta y dilucida la cuestión de la "iniciación". Distingue entre una iniciación discreta, encaminada al robustecimiento interior, y otra que se sitúa en la descripción prolija de órganos y funciones, cosa que no puede entrar en una verdadera educación. Confirmación de esto lo encuentra en la encíclica de Pío XI del 23 de diciembre de 1929. Los padres se cuidarán de no callarse por falsos temores, sino que procurarán con tino

hallar los tiempos más adecuados, algunos de los cuales se describen en el libro. Para que esta instrucción sea provechosa se requiere poseer un conocimiento claro de las dudas, informes quizás pero no por ello menos acuciantes, que torturan a los jóvenes. Las influencias del ambiente son también contempladas por el P. Schilgen; puntualiza el grado de agudez que poseen para herir al joven en gestación y qué escudos se le han de oponer.

Por otra parte, elegir las palabras adecuadas para conversar con niños y muchachos acerca de temas de pureza y castidad no es habilidad de la que muchos se jacten; y con razón se encuentran embarazados muchos padres que quisieran intervenir. El autor obvia esto proponiendo, en varios capítulos, qué temas y qué modo han de usarse según las diferentes edades, sexos y circunstancias; al final del libro, a modo de apéndice, coloca varios ejemplos prácticos. Se nota en ellos el cuidado de tocar sólo lo necesario y suficiente de la faz biológica del asunto para dar de inmediato amplia cabida al aspecto principal, la realización del plan de Dios sobre la vida humana. Si se conserva la proporción y cautela de las ideas, fácilmente cualquier papá o educador podrá "traducir" al idioma de cada caso concreto los elementos de esos ejemplos.

El libro tiene una finalidad práctica, pues; "pretende únicamente —dice el P. Schilgen— atender a los datos de la realidad y hacer obra positiva, con objeto de ayudar y aconsejar a todo el que se interese por la pureza de la juventud". Es una obrita recomendada para padres y educadores.

Eduardo M. Street, S. J.

EDUARDO ARCUSA. — "Respuesta a la angustia". — Ed. Nuevas Estructuras. — Buenos Aires, 1961.

Hay libros que aspiran a la función de neutralizar ideas y concepciones de la vida que se juzgan nocivas bajo un punto de vista moral y humano; y pese a su buen propósito, no pasan generalmente de ser anodinos y desleídos. El libro del señor Arcusa supera abiertamente este nivel. Respira cierta valentía; llama las cosas por sus nombres; se enfrenta con las posiciones que pretende corregir afirmando su oposición sin titubear. Se dirige al joven de hoy y desciende fraternalmente hasta su angustia para responder a sus eternas preguntas con claridad y suma sencillez. Esta y cierta rara habilidad de amplificar con abundante material de ejemplos ilustrativos y citas del pensamiento de diversos autores, son sus cualidades salientes.

Es un libro de divulgación: no se le debe exigir una hondura filosófica de un estudio para iniciados. Quizás se puede criticar cierta despreocupación e inarmonía: trasluce cierta debilidad en profundizar temas que pedirían un enfoque más medular. Por ejemplo, el capítulo "Misterio del Mal". En cambio resalta su dominio literario, vgr. el capítulo "Dolor". Esta debilidad de bucear honduras contrasta con los títulos, que a veces prometen más de lo que dice la realidad de su desarrollo.

Asimismo algunos capítulos padecen de cierto esquematismo más propio del conferencista. Pero creemos que todo ello desaparece frente a lo positivo del libro.

Alimenta a través de estas páginas un calor: amor a la juventud moderna, a la cual está dedicado; este calor ennoblece sus páginas. No ignora las lagunas y pecados de esta juventud, a la que amonestaba sabiendo infundir aliento y dirigir su mirada matizada de optimismo a un ideal de superación.

La lectura de este libro no es para el conformista, el burgués psicológico-espiritual... Felizmente no es ésta la posición de la mayoría de la juventud de hoy.

Falta agregar que el autor no es un expositor "a priori": cuenta con una vasta experiencia, y sus respuestas son a preguntas vivientes y encarnadas.

F. Boasso, S. J.

JACQUES CHEVALIER. — "Conversaciones con Bergson". — Madrid, Aguilar, 1960. — 391 páginas.

Como bien lo hacía notar Jean Guitton en los comienzos de un estudio dedicado al problema del tiempo y de Dios (J. GUITTON, "Dieu et le temps", Les études philosophiques, Nº 3, 1959), en la filosofía de Bergson era dable observar un carácter de extrema discreción. "Esa manera púdica y casi secreta de presentar su pensamiento", allí donde las conclusiones filosóficas parecerían sumergirse en una cierta densidad conceptual, tornándose un tanto ambivalente, otro tanto interrogativas, ha dado motivo a diversas interpretaciones. Mas he aquí que este hecho bergsoniano de "minimizar" el pensamiento a un ámbito de reducción y no de extensión conclusiva, tan observado en las obras publicadas por Bergson —aclara Guitton—, se ha dado en menor grado en sus cursos de filosofía y mucho menos en las conversaciones mantenidas con sus amigos.

Desde luego, la formación científica de Bergson influyó sobre sus análisis filosóficos, orientándolo hacia una vocación

de rigor y precisión, de cuidado y modestia en los resultados finales. También su misma concepción filosófica, apoyada en las fuentes de la experiencia inmediata, le habría aconsejado dejar que las conclusiones fueran asumidas por otros pensadores, puesto que ellas no debían provenir sino del mismo género de la realidad. Pero lamentablemente, a causa de esta visión original de Bergson, se ha llegado a perder las perspectivas de su filosofía, considerándose como un simple introductor sin ver el verdadero metafísico que era. La metafísica de Bergson, según lo expresa Guitton, es implícita y más aún, se encuentra seriamente fundada en los problemas primordiales de su filosofía y en una vía de acceso para su conclusión.

El libro de Jacques Chevalier, recientemente traducido al español, viene a corroborar las afirmaciones de Guitton. Y recupera de este modo, la exacta calidad del pensamiento bergsoniano.

En el espacio de cuarenta años, Jacques Chevalier mantuvo una amistad inalterable con su maestro, sólo interrumpida con la muerte de Bergson en el año 1941. El mismo Bergson consideró a Chevalier como a uno de sus dilectos amigos. Entre el maestro y el discípulo había surgido una extraordinaria afinidad, una especie de "armonía preestablecida" —frase textual de Bergson— que dió prueba de una gran altura espiritual en ambos filósofos. Chevalier asistió con regularidad a la casa de Bergson estableciendo así encuentros interesantes. Luego recogía el tema de estas conversaciones en notas inmediatas para no perder la fluidez vital de las ideas. El libro que ahora comentamos es el resultado de la transcripción de aquellos apuntes, redactados en base a una profunda experiencia personal. Dentro de la dificultad de la tarea, no descontamos la seriedad del autor, correctamente demostrada en la meticulosidad de la expresión y en el sentido total del pensamiento bergsoniano. Pero el valor máximo de su obra reside no tanto al proporcionarnos un medio de reconocer el Bergson penetrante y agudo de sus libros filosóficos, sino al recuperarnos la imagen del filósofo vista desde la intimidad por sus amigos. En una palabra: al gran esclarecedor de las formulaciones metafísicas.

Por eso considerábamos que el libro de Chevalier confirmaba la tesis de Guitton. Al asistir en sus páginas al extraordinario despliegue de la analítica bergsoniana en los problemas clásicos de la filosofía, observamos el desocultamiento o explicitación de su Metafísica implícita, como Jean Guitton la definiese con acierto.

Los grandes problemas metafísicos, no abordados por Bergson en "La evolución

creadora" aunque sí implícitamente sugeridos con su camino metodológico, aparecen desarrollados aquí en variada intensidad: el problema del ser y del no ser, del tiempo, del conocimiento, de la unión del cuerpo y del alma, las pruebas de la existencia de Dios, el problema de la trascendencia, el de la eternidad. A ellos se agregan los valiosos problemas religiosos, en especial la búsqueda de Dios iniciada por Bergson a partir de la realidad de la experiencia mística. Chevalier nos entrega las confidencias de su maestro en torno al gran descubrimiento de su vida interior, y dentro de esta vía de ascensión espiritual, la explicitación que el mismo filósofo dió al haber encontrado a Dios (pp. 354-365).

Estas cuestiones estrictamente filosóficas y religiosas aparecen matizadas en el lenguaje evocativo de Chevalier con una interesante temática contemporánea. El pensamiento integral de Bergson también analiza las teorías físicas y biológicas, el desarrollo conceptual matemático, la valoración exacta de los adelantos de la ciencia y de la técnica, la interpretación de los hechos históricos y sociales, el significado de la guerra del 14, la predicción del advenimiento de la segunda contienda mundial, el papel político-cultural de Europa y la situación especial de Francia en el concierto internacional, la influencia del bolcheviquismo, la misión futura de América, el valor del cristianismo en la situación contemporánea. Nada escapa a la visión total de este filósofo, y Chevalier declara fervorosamente al final de su libro: "Este hombre del más profundo genio no era solamente un gran pensador y un gran francés, era un alma luminosa de caridad".

En síntesis: el libro de Chevalier, que la Editorial Aguilar ha tenido el acierto de presentarnos, constituye una apertura, una "liberación" del pensamiento metafísico bergsoniano, enriquecido por la presentación de una personalidad vibrante y multifacética, y al mismo tiempo elevada en su visión espiritual.

María Elena Arias López.

"Adulterio". — Razón y Fe. — Madrid.

Hay ideas o momentos que brillan fugazmente en el cielo de la Humanidad. Acontecimientos, ideologías, posturas, encabalgadas en la fantasía, arrebatan la oportunidad. Consiguen estabilizar más o menos su pedestal, según hayan enraizado con diferente profundidad en la perdurable "esencia humana".

Para el filósofo los diferentes "accidentes" pasan, pero siempre puede hablar acerca del "hombre". Lo hacía ayer,

lo hace hoy, lo podrá hacer. "El hombre" parece ser algo inafectable por las variaciones.

Con menos profundidad o con el mismo fundamento se habla del "hombre común". Desde hace un tiempo del "hombre de la calle". En tiempos de Pericles sería el "hombre de la plaza" y pronto hablarán del "hombre de la luna".

Pero ese hombre de cuya voluntad, gusto, sentimientos, psiquismo total o parcial, religión y tendencias tanto se discute, tiene una rara propiedad. Ese hombre de la calle, en cuanto transponemos nuestro umbral y vamos a encararlo, desaparece. Deja de ser "el de la calle" y se transforma en Fulano o Mengano con resabio o indicios, nada más, de su primitiva imagen.

Mediante esfuerzos sucesivos y constantes se consiguió extraer del hombre común al niño. Con igual paciencia se bregó por el adolescente y el joven. Delimitado el campo, exitosamente, se probó fortuna con el anciano.

Pero a esta altura surgió un interrogante, ¿qué había ocurrido? Pese a la prolijidad demostrada y por ella misma, el hombre común seguía igual que antes. Cuando nos referíamos a él, excluíamos conscientemente los extremos, o no los teníamos en cuenta.

Nos referíamos al medio. ¿Cómo apprehendemos ese medio? Ahí está el problema.

Le llamamos el adulto. Abocados a determinar sus límites nos perdemos. ¿Comenzar a ser adulto es dejar de ser niño? ¿Dejar de ser adulto es llegar a anciano? ¿Existe algún límite preciso? ¿Cuáles son las características, virtudes y potencialidades del término medio?

El filósofo podrá indicarnos el momento en que nuestro crecimiento se detiene. ¿No empezamos allí mismo a decaer? Podrá indicarnos la etapa en que nuestro descenso se acentúa; pero, ¿y cuándo empleamos lo almacenado?

La biología camina rápida hoy, y tenemos que escucharla. Simultáneamente debemos abrirnos a la panorámica conjunta del sacerdote, del psicólogo, del sociólogo, etc.

Escuchándolos a todos, iremos pasando del hombre adulto al hombre maduro. El hombre maduro, será el adulto acabado —perfecto— en sus varios aspectos. Fallando algunas de sus facetas tendremos adultos, sí, pero lamentaremos su inacabamiento. Tropezaremos con el hombre de la calle que, encerrado entre las paredes de nuestra ciudad, privado de sol, muere verde, sin poder madurar.

Llega el momento de preguntarnos, ¿y por qué? Considerándonos ya "perfectos" o conscientes de nuestro parcial inacaba-

miento, estudiemos, ¿quién es el adulto? ¿Cómo se llega a la plenitud del término? ¿Cuáles son los impedimentos? y coloquemos nuestro esfuerzo en la línea de aquellos que guían a los hombres hacia la perfecta madurez. ¿Lo seremos alguna vez? Sí, aquí, atendiendo a las circunstancias. Sin reparo alguno, cuando siguiendo el Camino, alcancemos la Perfección que está en los cielos.

Un estudio de tal magnitud no se logra con precipitación. Lo preparan años de avances parciales. Llega un momento en que se logra con más facilidad la visión total del problema.

El grupo "Lyonnais d'études médicales" hace unos pocos años (1954) aportó su esfuerzo a investigación tan interesante. Sociólogos, filósofos, psicólogos, religiosos, exponiendo sus puntos de vista y sus adelantos, han alumbrado el campo, presentando una obra global —no definitiva—, pero encauzan con seriedad una necesidad sentida.

Razón y Fe de Madrid en su colección "Psicología, Medicina, Pastoral" nos ofrece el fruto de esas discusiones. Reunión de hombres de buena voluntad que ponen su experiencia y ciencia al servicio de la búsqueda o tal vez del reencuentro.

El adulto está solo y clama sin atreverse a llamar. Cuando no tema ser adulto y reasuma todas sus responsabilidades y problemas, habrá dado un gran paso. Estará maduro y en la edad que sea, mirará tranquilo el inquietante porvenir. En poco tiempo habrá llenado el espacio de una larga vida... y será perfecto por eternidades...

D. H. Q.

PEDRO PAVAN. — "La Democracia y sus Razones". — Editorial Difusión. — Buenos Aires, 1961. — 238 págs.

En el prefacio se nos presenta el plan: I) Los elementos constitutivos de la Democracia; II) La Democracia y el hombre; III) Democracia y tiempos modernos; IV) Democracia y Cristianismo. En el apéndice se expone: 1º) Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano; 2º) Carta Atlántica; 3º) Declaración Universal de los derechos del hombre.

Desde el comienzo de la obra se hilvanan los aspectos esenciales, estructurales y funcionales de la verdadera Democracia. Del examen analítico se desprende que es inmanente a la naturaleza de los hombres la exigencia de instituir un régimen configurado y funcionando democráticamente. Si bien esta exigencia se traduce en realidad sólo cuando son satisfechas determinadas exigencias económicas, sociales, culturales, psicológico-morales. El Hom-

bre, como persona, es el fundamento, el sujeto y el fin de todo sistema democrático.

Nuestro autor defiende primordialmente la tesis optimista de que la época moderna es propia al advenimiento de regímenes democráticos. Y el mero hecho de que muchas comunidades humanas se gobiernan bajo regímenes que son la más radical negación de la verdadera Democracia, parece constituir una confirmación de la tesis.

Finalmente se pone de relieve que entre Cristianismo y Democracia no existe ninguna oposición de fondo: al contrario, la Democracia halla en el cristianismo integral su más profunda inspiración, una garantía segura, su vital e insustituible alimento.

Como se podía esperar del autor, el análisis es sencillo, profundo, serio y muy bien documentado. De gran utilidad para aclarar ideas a los lectores interesados en temas políticos.

Luxorio Ruiz Bilbao S. I.

NOE JITRIK. — "La nueva promoción". — Cuadernos de Versión, 8. — Mendoza.

Es innegable el extraordinario florecimiento de la novela y el cuento entre nosotros en los últimos años. Pero su misma abundancia vuelve difícil el enjuiciamiento estético. Fácilmente el "snobismo" presiona sobre el crítico, sin descontar el partidismo ideológico. De todo esto nace lo que Jitrik llama condenatoriamente "crítica complaciente" y que yo prefiero denominar "ausencia de crítica". Porque si de algo adolecemos aquí es de críticos literarios. Noé Jitrik se presenta como uno de ellos desde el momento en que pretende hacer la "crisis" de la "nueva promoción".

Para él es un hecho que ésta existe y estamos de acuerdo con él. El resto del pequeño librito nos parece pecar de superficialidad. Estudiar a seis novelistas (Alberto Rodríguez h., Antonio di Benedetto, Beatriz Guido, H. A. Murena, Juan José Manauta y David Viñas) con sus rasgos comunes y diferenciadores, opinar sobre "el país que madura y el carácter nacional", etc. y todo ello en 72 páginas basta para calibrar la profundidad del intento.

Noé Jitrik condena la "crítica complaciente" y, a mi modo de ver él cae en la crítica superficial que es igual a la no crítica.

La edición mendocina es ágil y elegante; ligera de presencia... y de contenido.

Pedro Miguel Fuentes S. J.

JOSE LUIS MUÑOZ AZPÍRI. — "Rosas frente al Imperio Inglés". Historia íntima de un triunfo argentino. — Biblioteca de Estudios Históricos, Nº 5. — Ediciones Theoria. — (13,5 x 18 cms.; 220 págs.). — Buenos Aires, 1960.

Estamos ante un trabajo serio y bien documentado. Con gran acierto lo ha incluido Ediciones Theoria en su "Biblioteca de Estudios Históricos". Escritor pulcro y perspicaz diplomático, el autor demuestra conocer el tema con profundidad y amplitud y ha prestado así un gran servicio al país, donde una inmensa mayoría de los argentinos desconoce casi totalmente la historia de aquel increíble conflicto anglo-argentino, desarrollado entre los años 1845 y 1850, y equivalente, en opinión del Gral. San Martín, a una "segunda guerra de independencia nacional". Ha sido ocultado sistemáticamente por la pseudo-historia que se apoderó de los textos escolares y se entronizó en altos estrados académicos. Privó en ella el odio partidista, la política, el interés familiar y de grupos; triunfó el ocultamiento y la simulación de la verdad.

Se comienza hoy a recuperar el terreno perdido por la verdad. El autor, que, gracias a Dios, no está solo en este quehacer patriótico y científico, se ha puesto a ello con evidente éxito. Su libro será silenciado ciertamente, pero no podrá pasar desapercibido para quienes desean conocer sinceramente la verdad de nuestro pasado histórico. Con enfoques novedosos y hasta cierto punto detallistas, logra descubrir los hilos secretos en la enmarañada urdimbre internacional de aquella guerra, en cuyas entrañas, prolegómenos o consecuencias incluye batallas como Obligado, San Lorenzo, India Muerta, Laguna Limpia y Vences, seis misiones europeas en el Plata, conmoción de gobiernos y cancillerías en Inglaterra y Francia, fogosos debates parlamentarios en los que intervinieron personalidades como Peel, Aberdeen, Russell, Palmerston, Disraeli, Guizot, Thiers y Lamartine. Su doble condición de estudioso y diplomático ha permitido al autor reunir abundantes datos, gran parte inéditos hasta hoy, buceando pacientemente en los repositorios documentales de la Cancillería Argentina y del Foreign Office.

Veintiocho naves, trescientos cañones y un ejército de cuatro mil setecientos noventa hombres apuntando con aquellos a la urbe porteña, indicaban claramente que no se trataba de un juego de niños ni de una broma de mal gusto. Menos aún si se piensa que el "Restaurador" sólo cuenta con seis barcos mercantes armados y un puñado de criollos, de recia estirpe castellana, y dispuestos a

defender palmo a palmo su terruño. Y si se agrega que el comando de las naves invasoras declara a nuestro país "potencia no autorizada" para declarar un bloqueo, la cosa asume caracteres alarmantes. Ya antes, Francia, con Thiers a la cabeza, se había "estremecido" ante los "crímenes" de Rosas; ese mismo Thiers, precisamente, que fusilaría sin escrúpulo en la Saturnal de la Commune de París... Francia, se vería acompañada en su "gesta libertadora" por la Inglaterra, que desde Londres acababa de dar órdenes terminantes de obligar a cañonazos al pueblo chino a consumir opio, pues así lo exigían sus intereses comerciales. Estos agentes de la civilización y de la cultura no podían ocultar las graves injusticias sociales de sus propios países, desconocidas en nuestra "bárbara" América. Pero sus "aliados del Plata", los Varela, que recibían un penique por cada "mártir de la mazorca" que incluyesen en sus "Tablas de Sangre", estaban allí para implorar socorro a los salvadores, ofreciéndoles, en cambio, un Estado mesopotámico libre para comerciar con Inglaterra a través de los ríos liberados de soberanías argentinas. Otro "prócer" laicista intentaría lo mismo más tarde respecto de la Patagonia y del Estrecho de Magallanes en provecho de un país extranjero.

La batalla de Obligado, heroica y titánica gesta de las armas argentinas bajo el comando del Gral. Mansilla, es ampliamente reseñada por el autor, con sus ocho horas de combate, su tendal de cuatrocientos muertos por la patria y una bala en el vientre del Gral. Mansilla: batalla que aún no tiene monumento en nuestro país. "Los interventores —escribía San Martín a Rosas— habrán visto que los argentinos no son empanadas que se comen sin más trabajo que el de abrir la boca. Esta contienda es, en mi opinión, de tanta trascendencia como la de nuestra emancipación de la España".

Los invasores ocupan Martín García, asaltan e incendian a Colonia y Gualeguaychú y se abren paso por el Paraná. A la ida y a la vuelta, los cañones de Mansilla, apostados a lo largo de toda la ribera y arrastrados con caballos, disparan mil cuatrocientos cañonazos e incendian siete barcos enemigos. Ante tal decisión y coraje, ante un hombre que "no retrocede ni un tranco de pollo" o, en expresión de Southern, "capaz de sumir al mundo en la ruina por una simple coma", Inglaterra se ve obligada o a empeñar una guerra a fondo o a retirarse. Opta por lo segundo. Y la reina Victoria manda con Southern sus cartas credenciales para "su grande y buen amigo Rosas". Pero el descendiente del Conde de Pobla-

ciones no es el Gobernador de "una colonia de segundo orden", como llamaban los británicos a la Argentina, y mientras éstos no den las debidas reparaciones por el atropello bochornoso de que era víctima nuestro país, no concederá el "placet" a Southern. Inglaterra califica esta enérgica decisión de Rosas como un insulto sin paralelo. El "Times" lo llama "sorry and melancholy affair", "vanidad de un salvaje injertada en el orgullo de un español". Una solución: "convertir a Buenos Aires en un establecimiento permanente británico".

Pero no opina así la fina diplomacia inglesa, con la mirada quizá puesta en un no lejano futuro, y transa con el "Bárbaro". Rosas impone como condición, además del desagravio a la bandera argentina, la aceptación del pacto por parte del Presidente legal del Uruguay, don Manuel Oribe, al mismo tiempo que el convenio rechazaba el derecho de toda potencia extranjera para intervenir en asuntos de nuestro país o de las naciones vecinas. Al día siguiente de firmarse el tratado Southern-Arana, o "Paz de Obligado" como prefiere llamarlo el autor, el diplomático inglés fue recibido oficialmente por Rosas. El acuerdo fue el fruto de un portento de serenidad, paciencia, astucia y energía, no menos que del más limpio patriotismo, fehacientemente documentado por el autor en el Apéndice del libro, donde publica toda la correspondencia entre Rosas y su Canciller. Este documento será "el monumento más conspicuo de su constancia y tino político", le escribía Arana. Al conocerlo, San Martín le deseó que "al terminar su vida fuese colmado del justo reconocimiento de todo argentino". ¿Quién se atreverá a hacer conocer a los niños y jóvenes de nuestras escuelas, colegios y universidades este desecho del Libertador?

Tal es, en apretada síntesis, el contenido de esta excelente obra de Muñoz Azpiri. Libro apasionante para todo aquel que siente lo argentino y no puede menos de rebelarse violentamente contra la sistemática tergiversación de la verdad histórica. Cualquiera sea la simpatía o la antipatía que provoque la figura altiva, y dictatorial si se quiere, del "Restaurador de las Leyes", el culto de la verdad debe estar por encima de simpatías y antipatías para acatar los resultados de una escrupulosa investigación, gusten o no gusten. La historia no se escribe para satisfacer tendencias partidistas ni halagar vanidades familiares, sino para conocer la verdad de lo que pasó y cómo pasó, según la clásica definición de Leopoldo von Ranke. Hacer otra cosa es rendir culto idolátrico a la diosa mentira. Por esto, leído este libro de Muñoz Azpiri sin pa-

sión ni prevenciones anticientíficas, habrá de admitirse como necesaria conclusión que, a la luz de numerosos documentos inobjectables, en gran parte no conocidos por el público, y junto con los libros de José María Rosa "La caída de Rosas", de Alberto Ezcurra Medrano y de Gabriel Puentes, queda consagrada la actuación política de alcance americano y la visión de sagaz estadista internacional de don Juan Manuel de Rosas, reconocida honradamente por sus contemporáneos de toda América, al cual —dijo Keyseiling— "la Argentina le debe tener hoy más carácter y estilo que la mayor parte de los otros Estados del continente americano". Si la honradez impone reconocer sus errores, propios de todo hombre, también impone reconocer sus virtudes.

Alfredo Sáenz, S. J.

VIDAL FERREYRA VIDELA. — "Los Abuelos". Coloquio con mis hijos. — Edición del Autor. — (14 x 21 cms.; 49 págs.). — Buenos Aires, 1961.

Combinación acertada de historia, de literatura y de afectos paternales es este pequeño opúsculo que el Dr. Ferreyra Videla lega como valiosa herencia a sus hijos. Es regla general, desgraciadamente con muchas excepciones, que éstos conozcan a sus padres. Pero no son pocos los que apenas tienen noticias de sus abuelos y mucho menos de sus remotas ascendencias. El autor ha querido que sus hijos no figuren en el número de tales. Y se ha dedicado con ahínco a la búsqueda de documentos en los archivos y a la recolección de datos en numerosos libros. Por línea paterna estudia el origen de los "Ferreyra" y dice que "han venido de las Azores, de Madeira y de otras provincias de Lusitania", para dividirse en infinitas ramas en la patria de adopción y crear sus propios árboles gentilicios. Alguien afirma (no lo trae el autor) que el escudo nobiliario de los Ferreyra se encuentra al frente de un castillo en las afueras de Lisboa. Tal vez sería interesante comprobar la verdad de esta afirmación. Lo cierto es que personas de este apellido figuran en algún archivo parroquial con el agregado calificativo de "noble". Recorriendo las ramas de tan frondoso árbol, halla por fin el autor un tronco cierto para su ascendencia, cuya existencia puede comprobarla documentalmente en 1724 y dentro de la circunspección que con el tiempo habría de llamarse "Villa Real del Rosario", fundada por el Marqués de Sobremonte. Muchas otras parejas precedieron, sin duda, a las de este primer tronco cierto, pero no es tarea fá-

cil para el historiador el determinarlas con certeza y ha de contentarse con ese resultado, dejando a otros la investigación posterior.

Por línea materna, Videla, comprueba el autor que descende "de un conquistador y colonizador de América": Alonso de Videla, natural de Murcia, en su señoría de la Villa de Videla. Su hidalguía y otras exigencias nobiliarias están comprobadas por documentos fehacientes, habiendo sido realizada unas de esas ejecutorias a pedido de Martín Sotomayor y Videla en 1783. Pero subiendo por las corrientes del tiempo, puede comprobar el autor que los Videla actúan ya en la época de la Reconquista española, "como milites del rey Hermenegildo (573), de don Pelayo (737), de Fernando III, llamado el Santo (1199) y de Fernando V, llamado el Católico (1452)". El fundador de la estirpe americana, Alonso de Videla, "dueño y señor de la Villa de Videla en las montañas", se traslada al Perú más o menos en 1548.

Destaca el autor la figura del Obispo Videla del Pino, único Obispo criollo en los días de la emancipación nacional, preconizado Obispo de Asunción del Paraguay en 1804, pasando en 1807 a ocupar la nueva Sede de Salta, creada por Pío VII, desmembrándola de la de Córdoba del Tucumán. En breves y acertados párrafos describe el autor el conflicto de orden político-religioso que crea al Obispo la Revolución de Mayo, problema al mismo tiempo de conciencia y de lealtad, pues ha jurado fidelidad al Rey de España, por quien ha sido presentado para la mitra. La crisis religiosa posterior "que se agudiza hasta los límites del cisma y que sólo tiene principio de solución en 1824, a raíz de la Misión Muzi", tal vez acelera la muerte del venerable Prelado, que fallece en 1819, dejando huérfana de Obispos a la Iglesia argentina por muchos años.

Después de recordar al Capitán don Juan de Videla, Subdelegado de la Real Hacienda en San Luis y fundador, en nombre del Marqués de Sobremonte, de la actual población puntana de Merlo, a don Luis Videla, fusilado en San Nicolás por orden de Rosas, y al Gral. Videla Castillo, de destacada actuación al lado de Paz y de Lamadrid, estudia el autor la ascendencia materna de sus hijos: Revol Warcalde.

Es don Félix Revol, francés, quien perpetúa el apellido en nuestro país, y Luis Revol, el cuarto de sus hijos, el biogra-

fiado por el autor. "Buen ciudadano, es llevado a la función pública", pero agrega que "la fortuna fue con él despiadada: levántole a considerable altura, para de ahí despeñarlo. Superó entonces el estoicismo, pues vivió y murió con la tranquilidad mansa del cristiano". Los elogios tributados a su memoria por Ramón J. Cárcano, Ing. Augusto Romagosa y muchos otros, hablan de las hondas simpatías que supo grangearse en vida. Francisco I. Vázquez ha escrito su biografía titulada "Luis Revol, Fundador y primer Presidente del Jockey Club Córdoba", Club que ha perpetuado su memoria en el busto de bronce que adorna uno de sus salones.

Por la línea Warcalde es más difícil remontarse a los lejanos orígenes. Sólo se sabe que en el censo de 1783 levantado en Maldonado (Uruguay) figura "Santiago Warcalde, viudo y dos hijos", uno de los cuales, Juan Santiago, será el comienzo de la rama argentina de tal apellido. No ha logrado hasta ahora el autor determinar la nación de origen de sus antepasados, que tal vez sea Irlanda, ni la fecha de su establecimiento en el Uruguay. Juan Santiago Warcalde llegó a Teniente Coronel y tuvo destacada actuación en las invasiones inglesas a las órdenes de Liniers, continuando su vida militar hasta 1826. Soldado en las guerras de la independencia, participó en múltiples batallas, tocándole comandar la artillería en la batalla de Las Piedras el 11 de Mayo de 1811 y ser citado con elogios en el parte del Gral. Rondeau. Y continúa el autor enumerando los numerosos servicios prestados al país por Juan Santiago Warcalde en diversos destinos. "Soldado de inequívoco sentido patrio, dice el autor, sólo lo impulsa el fervor de la libertad y por ella se bate en Buenos Aires, en el Paraguay, en la provincia Oriental, en Córdoba, en Tucumán, en Entre Ríos, pues todo es hogar que hay que reconquistar". La "Villa Warcalde" perpetúa materialmente su nombre en la provincia de Córdoba, pero mejor aún lo perpetúan sus descendientes en su vida honrada y ejemplar.

Útil y meritoria labor la del Dr. Ferreyra Videla en este pequeño opúsculo y digna de ser imitada por cuantos deseen legar a sus hijos lo que vale más que todos los bienes de fortuna: el recuerdo de una vida ejemplar en sus antepasados.

Avelino Ign. Gómez Ferreyra.